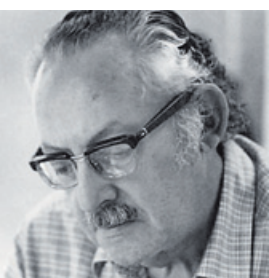


1280 ALMAS

DIEGO AMEIXEIRAS

C Nin tristes, nin solitarios, nin finais

Contamos tres décadas de novela negra galega dende *Crime en Compostela* (1984), historia coa que Carlos G. Reigosa puxo a camiñar un xénero ata daquela inédito na nosa lingua. Sendo benévolos, non chegamos tan tarde. Se ollamos para Cataluña, había doce anos que Jaume Fuster tomara o relevo de Manuel de Pedrolo publicando a magnífica *De mica en mica s'omple la pica*. En castelán, cumpríase unha década da aparición de *Tatuaje*, novela de Manuel Vázquez Montalbán que marcou o renacemento oficial do xénero en España. Aquí, a falta dunha *La cua de palla*, o traxecto posterior á arrincada de Reigosa foise andando cun ollo nas traducións castelás do *hard boiled* e outro no polar francés. Así naceron delinquentes, policías, detectives e xornalistas metidos onde ninguén os chamaba. Tanto tiña que aos sectores máis



solemnes da crítica non lle prestaran aquelas primeiras tramas policíais. O caso era enredar co xénero e ir á procura dunha escenografía propia.

Aceptado ese 1984 como ano inaugural, non lle ha faltar razón a quen localice pegadas negrocriminais en novelas que, sen seren escritas dende o patrón xenérico, acollen argumentos construídos ao redor do asinatio, a marxinalidade ou o delito. *A esmorga* (1959) de Eduardo Blanco Amor é un exemplo do que podería ser unha especie de *crook story* fatalista. E haberá quen lle impute á soga lingüística do franquismo a ausencia dun nicho de literatura popular que debería ter asimilado para o noso idioma, entre outros, certos trazos da novela enigma. Cun humor que o emparenta cos paradoxos do padre Brown creado por Chesterton, Xosé María Álvarez Blázquez escribiu as moi interesantes *El crimen de la isla verde* (1941) e *En el pueblo hay caras nuevas* (1945) en plena posguerra. A segunda, finalista do premio Nadal o ano en que lle foi concedido a Carmen Laforet por *Nada*, foi editada posteriormente en Francia e traducida ao galego en 1993 polo seu fillo Alfonso Álvarez Cáccamo. A intrigante *El crimen de la isla verde*, co aguzoso xuíz O'Farrell á fronte, merecería tamén ser rescatada do esquecemento e devolta ao idioma na que foi pensada.

«CRÓNICAS DE VIAJE» [JULIO CAMBA]

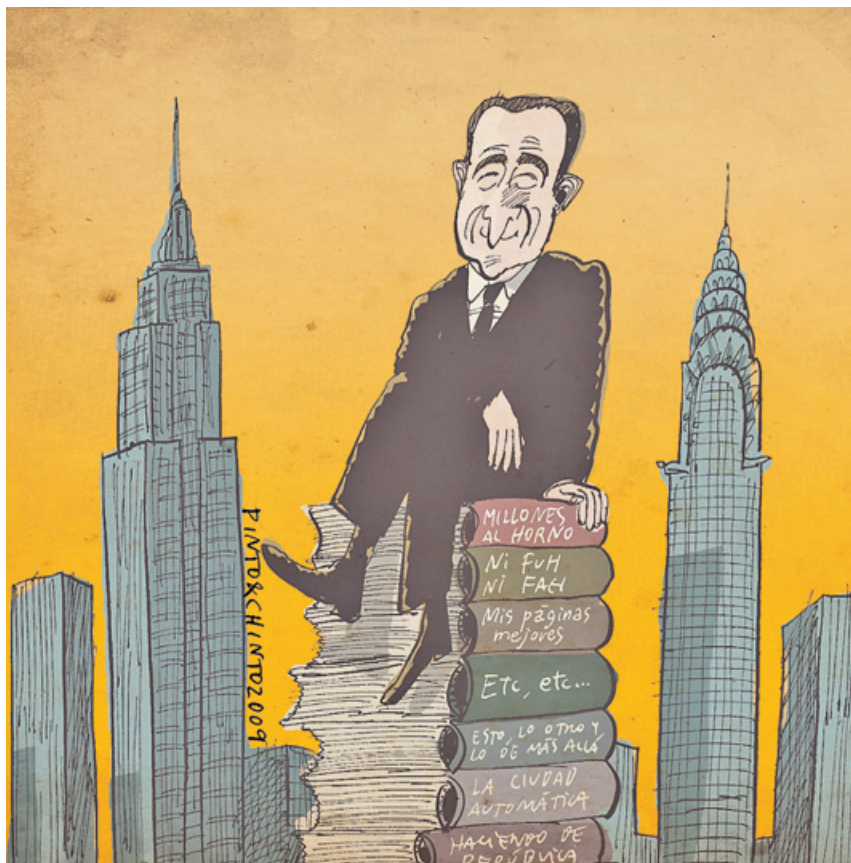
Camba, el coleccionista de países

UNA ANTOLOGÍA RECUPERA PARA EL LECTOR ACTUAL LOS FABULOSOS ARTÍCULOS CON LOS QUE, A SU PASO POR CIUDADES COMO PARÍS, LONDRES, BERLÍN, NUEVA YORK, GINEBRA, ROMA O LA ANTIGUA CONSTANTINOPLA, EL PERIODISTA AROUSANO REINVENTÓ LA MIRADA DEL CORRESPONSAL

LUÍS POUSA | Ante el incomprendible silencio que rodea en Galicia la obra de Julio Camba (Vilanova de Arousa, 1884-Madrid, 1962), un selecto club de editores nacionales y el entusiasta profesor de la Universidad de Valencia Francisco Fuster han asumido desde hace unos años la recuperación y reivindicación de un autor que reinventó el periodismo y puso el contador a cero.

Fuster, que ha rescatado los textos directamente de los periódicos originales que custodia la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, es el responsable de las espléndidas reediciones de *Playas, ciudades y montañas* y *Londres* (ambos en Reino de Cordelia), *Alemania* (Renacimiento) y de las muy sugerentes antologías *Maneras de ser periodista* (Libros del K. O.) y *Caricaturas y retratos* (Fórcola).

Ahora vuelve Fuster a aliarse con el sello Fórcola para publicar esta trepidante colección de artículos, *Crónicas de viaje*, donde selecciona 150 textos del género que Camba convirtió en oro puro: las estampas de la vida cotidiana en los países donde trabajó como corresponsal y desde los que transmitió a sus compatriotas un retrato certero y agudo de los habitantes de lugares como Nueva York, Ginebra, París, Londres, Ber-



«CRÓNICAS DE VIAJE»
JULIO CAMBA • Prólogo de Antonio Muñoz Molina
• Edición de Francisco Fuster • Fórcola • 362 páginas • 23,50 euros

**A RECORRER
SU COLECCIÓN
DE PAÍSES
SE DEDICAN ESTAS
PÁGINAS DELICIOSAS»**

lín, Roma o la antigua Constantinopla.

«Por mi parte yo me declaro un poco atacado de esta enfermedad de los viajes. Así como hay quien colecciona sellos de correos, puños de paraguas, pipas, corbatas, fotografías de actrices o billetes de banco, yo colecciono países», confesaba el arousano en un legendario artículo publicado en *El Sol* en 1920. Y a recorrer su colección de países se dedican estas páginas deliciosas, fulgurantes muestras de un periodismo que nunca se agota ni caduca porque ha atrapado la pura vida y su palpito con un fino humor que no corroe ni deforma lo observado. Para eso, claro, hay que viajar muy al fondo de las cosas sin hacer alarde de ello ni encender los fuegos artificiales. Porque Camba, como Josep Pla, aparenta escribir desde la

superficie, pero en realidad se adentra mucho más en el corazón del *Homo sapiens* que la numerosa tribu de los infumables pedantes.

El inquilino de la habitación 383 del Hotel Palace de Madrid —un cuarto que, como apunta Carlos G. Reigosa, no era precisamente una suite— fue feliz en París y Berlín, no tanto en Londres, ciudad donde coincidía con Oscar Wilde en que nunca queda del todo claro si es la niebla la que produce los hombres tristes o son los hombres tristes los que generan la niebla.

El periodista que hizo de la pereza una obra de arte, y que abominaba de la tortura del artículo diario, nos descubre en estas piezas de alta precisión que en Suiza no hay suizos —tampoco tiene razón de ser nacer en Madrid, apunta, lo correcto es nacer en la aldea y acabar en la capital, nunca al revés—, que en Alemania todo está «verboten» o que en Constantinopla puedes encender un puro en Europa y echar la ceniza en Asia. «No soy nada internacional. Yo soy de Villanueva de Arosa», matizaba Camba, fascinado por igual ante el prodigio automático de Nueva York que bajo la ropa tendida al sol en las callejuelas de Nápoles.